

le llamaban por su nombre; aplicaban la mano sobre su frente ardorosa; se comunicaban por señas unos á otros su opinión respecto del estado del enfermito, y al cabo se alejaban tan silenciosamente como habían ido, se detenían junto al dintel de la puerta para mirarle de nuevo, y salían moviendo la cabeza cual si se dijera interiormente:—¡Pobre criatura!

—¿Cómo vamos, Carluccio?—preguntéle un día, cuando empezaba á estar algo mejor.

—Siento... — y no pudo decir más.

—¿Qué es lo que sientes, vamos á ver?

—No puedo...

—¿Pero qué es lo que no puedes?

—Hacer cosa alguna...

Y bajó los ojos dirigiendo su mirada á mi calzado y al pantalón, y añadió:

—...Los otros lo hacen todo.

Referíase á nuestros asistentes, que aseaban y limpiaban por sí solos las prendas todas de nuestro uniforme, sin que él pudiera ayudarlos.

—Y yo estoy aquí... —continuó con voz plañidera,—estoy aquí... y nada hago... y sólo sirvo de estorbo... Quisiera...

É hizo un esfuerzo para levantarse y sentarse; pero no pudo conseguirlo y dejó caer de nuevo la cabeza en la almohada y se echó á llorar murmurando:

—Siquiera pudiese limpiar sus botas, pero... no puedo: no puedo. Mejor sería que me hubiese muerto.

Los imposibles tuve que hacer para consolarle.

VIII

Durante la velada solíamos reunirnos algunos oficiales en aquel cuchitril, y en él, sentados junto á la cama de

Carluccio, permanecíamos charlando hasta media noche. Iban también con alguna frecuencia, uno de los regidores del ayuntamiento de una aldehuela cercana, y el propietario de los terrenos ocupados por nuestro campamento, hombres de bien á carta cabal, campechanos, regordetes, de mediana edad, entusiastas como pocos por la causa italiana y que tenían gran empeño en trabar amistad con los «valientes» oficiales del ejército italiano; gentes hechas á la buena de Dios, que llevaban impresa en el rostro la ingenuidad de su corazón, y que todas las noches, antes de despedirse de nosotros, repetían con mucho énfasis y convicción profunda, que con soldados como los nuestros la toma de la fortaleza de Malghera era cuestión de un asalto á la bayoneta.—No lo crean ustedes, —les decíamos,—no es la cosa tan fácil como á ustedes les parece.—¿Que no? ¿Quién hay que pueda resistir el empuje del soldado italiano?... —Y terminaban la frase con un ademán que significaba: — ¡Milagros más grandes puede realizar!

Desgraciadamente el discurso concluía dándole vueltas al asunto de la célebre batalla de Custoza, respecto de la cual sentían aquellas buenas gentes una curiosidad extraordinaria.

—La verdad es, —acostumbraba decir el consejero municipal,—que ha de constituir un espectáculo desolador el que ofrece una retirada.

—¿Que si lo es?—contestóle cierta noche mi buen amigo Alberto, que era uno de los narradores más impetuosos y dramáticos del regimiento.— ¡Y tanto! Pueden ustedes tener la seguridad más profunda de que el dolor que produce semejante espectáculo es más vivo, más intenso, más desgarrador, en fin, del que puede producir la pérdida de las esperanzas más lisonjeras, la hiel de los más acerbos desengaños y de las más crueles decepciones. Semejante dolor torturó nuestro espíritu aquella tarde de fatal recordación... Durante la mañana sentíamos verdaderamente dichosos, y ardientes de entusiasmo, y locos de júbilo, hasta el punto

de verter lágrimas de gozo y prorrumpir en exclamaciones frenéticas, esperábamos impacientes el instante de acometer, seguros de la victoria. Pocas horas después... todo había concluído, y aquel ejército lleno de juventud, de vida y ardimiento; aquel ejército fruto de tantos sacrificios, objeto de tantos cuidados, base de tantas esperanzas; aquel ejército en el cual fiara la patria la realización de sus deseos más ardientes; aquel ejército, vencido, confuso, desordenado, vagaba por la campiña al cabo de pocas horas como rebaño disperso y sin guía. ¡Oh, sí, es aquel un espectáculo que desgarró el alma, y un dolor para cuya expresión no existen palabras! —¿Quién podrá devolvernos,— nos preguntábamos,— la fe, el valor, el entusiasmo y el orgullo que esta mañana nos dominaba? ¿Quién volverá á nuestros ojos el llanto de júbilo que hace pocas horas nos conmovía? ¿Quién es capaz de reedificar sobre ese informe montón de ruinas? ¿Y qué dirá la patria?... ¡La patria, Dios eterno! Este recuerdo nos aterrizzaba. Parecíanos que sonaban aún en nuestros oídos los vivas y los aplausos con que nos acompañaran á nuestro paso los habitantes de las ciudades, y aquellos aplausos repercutían en nuestro corazón produciéndonos congojas mortales. —¡Callad, callad por Dios,—decíamos en lo más íntimo de nuestro ser,—somos soldados y nuestro pecho se desgarró!

Siguió un momento de silencio.

—¡Y qué desorden y confusión debieron reinar durante aquella noche! — dijo el consejero.

—¿Y á qué hora, poco más ó menos, comenzó á retirarse la división á que usted pertenecía? — preguntó con voz melosa el dueño de la casa.

El tono de la pregunta revelaba claramente el deseo manifiesto de saber cómo habían pasado las cosas, muy distinto por cierto de cómo lo referían ó habían referido los periódicos. Comprendiólo el oficial y continuó:

—Según puedo recordar, mi división empezó á retirarse

del campo de batalla poco después de haberse puesto el sol. Los diferentes cuerpos llegaban precipitadamente, procedentes de diferentes puntos al camino que conduce á Villafranca, y ya en él deshacíanse las filas, mezclábanse los regimientos, desaparecía cuanto tenía apariencia de orden y se precipitaba corriendo dentro de la ciudad una turba inmensa y tumultuosa que llenaba las calles, las plazas, las callejuelas y las entradas y patios de las casas.

Muchos de los soldados, abrasados por la sed, arrojáronse á los pozos con una avidez frenética, prorrumpiendo en gritos de salvaje alegría que helaban de espanto. Diez, veinte, treinta, los primeros con el pecho contra el pretil, los demás apoyándose y encaramándose en los hombros de sus compañeros, é inclinándose ansiosos y febricitantes á la boca del pozo, levantados los pies del suelo, con grave riesgo de precipitarse de cabeza, disputábanse con mano convulsa la cuerda, el cubo, la palanca, rechazándose el uno al otro á codazos, á empujones y á patadas; amenazándose con echar mano á las bayonetas, y vociferando imprecaciones y blasfemias, hasta tanto que llegado el cubo muy cerca de la boca, merced al impulso de una docena de brazos vigorosos, distinguíase perfectamente el agua codiciada que en su interior se contenía; pero entonces aumentaban la ira y los gritos y los golpes; todos los brazos se tendían hacia delante para cogerlo y apoderarse de él; y en cuanto aparecía aferrábanse á él veinte manos distintas, y se clavaban en sus bordes diez bocas ardientes, y tira de aquí, tira de allá, el agua agitada se vertía y derramaba sobre los rostros, los uniformes y el suelo... ¿Quién había bebido? Nadie. Y lo mismo en todas partes.

Los más de los soldados se habían desbandado por la campiña: alguno de los batallones, no obstante las órdenes comunicadas, lejos de marchar á Villafranca, se dirigió á campo traviesa hacia el camino de Goito, de manera que,

si así puede decirse, nada más quedaba de los cuerpos que el núcleo, es decir, el coronel, el abanderado y la mayor parte de los oficiales: lo que es banda, ni una sola.

La muchedumbre que llenaba los caminos producía un rumor y una gritería indescriptibles. Todos se llamaban á voces, todos corrían, y se empujaban y se arremolinaban, los oficiales cogían por el brazo á los soldados, y á empujones procuraban agruparlos en derredor de sus respectivas banderas; por todas partes ayudantes de campo á caballo dictando órdenes. En el centro de la plaza se agrupaban apresuradamente coroneles y oficiales de Estado Mayor, y doquiera un preguntar ansioso, un dar y revocar disposiciones, anhelantes todos, con los rostros encendidos, demudados, transfigurados y consternados.

Por último, como Dios quiso, seguido por unos treinta soldados, que se vieron obligados á desfilar uno á uno por en medio de una compacta columna de carros en las últimas casas del pueblo, encontréme en el campo, en el camino que conduce á Goito, y allí pude reunirme á mi batallón, reducido á un grupo de unos doscientos soldados, y con él seguí adelante. Al cabo de poco tiempo había cerrado la noche con tan profunda oscuridad, que no se veían los objetos á diez pasos de distancia: la mitad de la carretera estaba completamente ocupada por los arzones de artillería y los carros de provisiones, que se detenían á cada paso, de suerte que precisaba andar con mucho cuidado para no romperse la cabeza contra los extremos de las barreras, y para evitar que las ruedas le pasaran á uno por encima de los pies, ó para no caerse en las cunetas abiertas á ambos lados, ó tropezar con los acopios y los guardarruedas. De cuando en cuando carros volcados en medio del camino, y sacos abiertos y derramadas por el suelo toda suerte de provisiones de boca: algo más lejos la carreta de un cantinero, con una linternilla encendida, y en torno una turba de soldados que impedían

el paso á cuantos pretendían acercarse: de vez en cuando algún teniente coronel ú oficial de Estado Mayor á caballo, que se venía encima cuando menos se esperaba, y ay del que no se daba prisa á apartarse: en todas partes grupos de soldados obstruyendo el paso, y obligando á los demás á adelantar haciendo eses: á cada instante cañones de fusil dispuestos á saltarle los ojos al que no anduviese con cuidado, y tremendos empujones de los que avanzaban soñolientos: una densa y espesa polvareda que llenaba los ojos y la boca: un chillar continuado de los soldados de artillería contra los bagajeros, que, aturdidos en medio de aquella espantosa confusión, obstruían el camino de mala manera: un gritar incesante de los oficiales que trabajaban inútilmente para alcanzar á los que se habían adelantado de su propio pelotón: soldados que subían y bajaban continuamente desde la carretera á los campos y de los campos á la carretera, precipitándose y rodando por los declives de las zanjas, y gritos, y maldiciones, y blasfemias; en suma, una confusión, un desorden, un aturdimiento imposibles de describir: una noche de infierno. ¡Sí, es un espectáculo tristísimo el que ofrece una retirada!

Las fatigas de la jornada, y más que ellas las violentas emociones que en tan breve tiempo experimentara, habían extenuado mis fuerzas todas: no podía más. Vislumbré un arnés de artillería en el cual había un sitio vacío, y aprovechando el primer instante en que se detuvo, encaraméme en él. Los artilleros me hicieron lugar: sentéme, acomodéme lo mejor que pude, y me dormí. Cuando abrí los ojos comenzaba á amanecer. Nos hallábamos á corta distancia del puente de Goito. Llovía. Llevé las manos al uniforme: estaba calado. Miré el firmamento: el cielo se hallaba velado por un nubarrón igual, denso, oscuro, que auguraba lluvia para todo el día. Miré en derredor, siempre y en todas partes grupos de soldados, caminando lentamente á la desbandada, con la cabeza baja y los ojos en el suelo. Muchos de ellos habían desple-

gado el lienzo de la tienda, y se lo habían echado encima á guisa de manta para guarecerse de la lluvia: muchos más, que habían perdido el morral y la tela, procuraban ponerse á cubierto debajo de la de un compañero, y caminaban los dos cogidos del brazo, y apoyando en la del amigo su cabeza: otros que habían perdido el kepis, habíanse puesto en ella el pañuelo: otros que arrojaron el morral, llevaban su equipo metido en un envoltorio, colgado de la bayoneta: todos andaban con visibles muestras de cansancio, despeados, cojeando y tropezando á cada instante. De cuando en cuando se detenía alguno, ó se apoyaba contra el tronco de un árbol, ó se echaba al suelo, del cual se levantaba pausadamente al cabo de un rato, y emprendía de nuevo el camino.

Pasé el puente, aquel puente en el cual pocas horas antes se veían un centinela del ejército austriaco, y otro del italiano, contemplándose con enojo: penetré en Goito: doblé á la derecha hacia la calle principal... ¡Qué espectáculo! Á derecha é izquierda de la misma, en los guardacantonés, á lo largo de las fachadas, debajo de los aleros de los tejados, en los umbrales de las tiendas y de las puertas, en todas partes, en fin, soldados y más soldados extenuados de hambre y de cansancio; cual de pie apoyado contra la pared, cual echado, cual sentado y encogido, con las manos en las rodillas y la barba entre las manos, y el mirar extraviado y los ojos soñolientos; otros tendidos cuan largos eran con la cabeza apoyada en el morral; otros hincando el diente en un corrusco de pan que tenían cogido con ambas manos, lanzando en derredor miradas recelosas, cual si temieran que había de presentarse quien quisiera arrancárselo de la boca; otros que volvían á acomodar los objetos en el morral, ó lenta y perezosamente secaban las armas con el faldón del capote.

Entretanto la calle pululaba de soldados que se dirigían hacia Cerlungo: unos mirando acá y acullá con semblante entre atónito y pensativo, seguían adelante: otros se detenían

junto á la pared; echaban apresuradamente el morral al suelo, y dejábanse caer encima lo mismo que sacos: de cuando en cuando alguno de aquellos que se habían echado, apoyando los codos en el suelo, lograba incorporarse tras penoso esfuerzo, y se juntaba al primer soldado de su regimiento que acertaba á distinguir, y con él al lado continuaba su camino. En las escasas tiendas que permanecían abiertas veíanse numerosos grupos de soldados pidiendo con insistencia algo que comer, ofreciendo pagarlo, y mostrando el dinero que tenían. — No hay nada, — decía desde el fondo de la tienda una voz compasiva, — lo siento, muchachos; pero de veras no hay nada. — Á otra, pues: lo mismo: y en todas partes una cosa igual.

Al pasar por delante de los cafetuchos podían verse oficiales durmiendo con los brazos cruzados sobre la mesa y descansando en ellos la cabeza: tres ó cuatro en cada una de ellas, y en el espacio que quedaba en medio, vasos y botellas y pedazos de pan: alguno con la cabeza apoyada en la palma de la mano, dirigía á la calle miradas distraídas. Todo eran rostros tristes, pálidos, descompuestos, como se tienen después de una enfermedad. Los cafeteros de pie detrás del mostrador, y con los brazos cruzados sobre el pecho, estaban contemplando aquella escena con ademán compasivo.

Las calles laterales se hallaban completamente llenas de carros y caballos, en derredor de los cuales trabajaban apresuradamente y en silencio bagajeros y soldados del tren. Entretanto por la calle principal iban pasando algunas baterías, y aquel andar lento y reposado, aquel rumor oscuro y monótono producido por los cañones, que hacía retemblar los vidrios de las ventanas, aquellos robustos artilleros ensimismados, graves, preocupados, envueltos en sus grandes capotones grises, llevaban al corazón profunda tristeza.

Detrás de la artillería, andando lentamente y deteniéndose cada vez que se paraba aquella triste procesión, mar-

chaban numerosos coches llenos de oficiales heridos... Y con excepción del rumor producido por los carros y los coches, reinaba en Goito un silencio sepulcral como de ciudad deshabitada.

Los cuerpos de mi división se habían acampado á mano izquierda del camino que conduce de Goito á Cerlungo, y más lejos flanqueando la orilla derecha del Mincio. Los campos ofrecían un aspecto melancólico. Sólo se veían en ellos algunos grupos de soldados desparramados aquí y allí, que se ocupaban en desplegar sus tiendas empapadas en agua, y en limpiar sus armas y sus uniformes. Los demás permanecían debajo de las tiendas. Á cada instante llegaban nuevos soldados, que vagaban por el campamento sin dirección fija, en busca de su compañía, y como la mayoría de ellos habían perdido el morral, los palos y el lienzo, se estaban de pie, mano sobre mano y sin saber qué hacer, junto á las tiendas de sus compañeros, malhumorados, pesarosos, mirándose unos á otros con expresión de viajeros extraviados. No se oían tambores, ni cornetas, ni voces, ni rumor alguno por insignificante que fuera, de modo que cerrando los ojos habría podido creerse que todo el ejército estuviera durmiendo.

Llegado al sitio donde estaba acampado mi regimiento, metíme inmediatamente debajo de mi tienda, y ya en ella, sin pronunciar una sola palabra, echéme junto á mis compañeros que hacía más de una hora se encontraban allí. No nos saludamos; no cambiamos una palabra siquiera; á duras penas nos dirigimos una mirada: mudos é inmóviles como estábamos, no parecía sino que habíamos perdido la facultad de pensar.

De repente llegó á nuestros oídos un grito agudo procedente de las cercanías del campamento: siguió á éste otro más próximo: después un tercero más cercano todavía: diez, cien, mil voces, cual si se hubiesen puesto de acuerdo, rompieron á gritar, en todos los ámbitos del campamento, y se

oyó un rumor confuso de pasos precipitados. ¿Qué será? Echámonos fuera de la tienda. ¡Magnífico espectáculo! El regimiento en masa se dirigía á todo correr hacia la carretera de Goito; y no sólo el nuestro, sino también el de la derecha, el de la izquierda, y los que habían acampado más lejos, y todos se precipitaban hacia el camino como si fueran al asalto de una trinchera. Miré á los soldados: sus rostros habían cambiado, estaban convulsos, radiantes, exhalaban gritos de júbilo y llenaban el espacio sus largos y prolongados aplausos. Echamos á correr siguiendo la misma dirección: pasaron dos carabineros á caballo con los sables desenvainados marchando al trote: seguía un coche... todas las cabezas se descubrieron: de la inmensa muchedumbre extendida á lo largo del camino brotó un grito respetuoso, prolongado, intenso: los soldados se volvieron á sus puestos... Pero el campamento cambió de repente, renacieron en todos la fe y la esperanza, nadie volvió á entrar en las tiendas: la vida, la animación y la alegría surgió en todas partes sin que decayera un solo instante durante el día, las músicas tocaron los aires marciales de costumbre, viejas y queridas compañeras de nuestro entusiasmo, y nuestro corazón volvió á sentir la sublime embriaguez que dos días antes le embargaba.

— ¡Oh! — decíamos, — ¡se volverá á pelear, se volverá á pelear!...

— ¿Quién iba en aquel coche? — preguntó Carluccio con viva curiosidad.

— El rey.

IX

Al cabo Carluccio pudo dejar la cama, y el día que esto tuvo efecto nos dijo el médico: